

LA DOCTRINA EN LA VIDA.
LA GRANDE ILUSIÓN

¿Quién vencerá? ¿Quién vence? ¿Quién avanza? Estas son las preguntas que salen a diario de millones de labios. ¿Quién vence? Esta es la interrogación que encierra más interés, más inquietud. ¿Qué plazas han tomado los alemanes en Francia? ¿Qué plazas han ocupado los franceses en Alemania? Millones de ojos corren a diario febrilmente, velozmente sobre las planas de los periódicos, buscando en los telegramas, en los artículos, en las noticias la situación exacta, veráz, que ocupan en el mapa las tropas de los países en guerra.

Esta inquietud determina la superficialidad de nuestro espíritu. Saber quién vence en una guerra no es saber lo que importa a la guerra. La guerra no tiene por fin plantear y llevar adelante muchas batallas. No. La guerra tiene por fin todo lo que substancialmente es contrario a la misma guerra. La guerra tiene por fin,

para la nación que se defiende, continuar en la paz la obra que se interrumpió por la guerra. Tiene por fin, para la nación que ofende, que ataca, variar en la paz, reformar en la paz, la obra que se desenvolvía antes de la guerra. La nación que se defiende quiere la paz para continuar la obra que realizaba durante la paz: va a la guerra por fuerza. La nación que ofende quiere la paz para realizar la obra que no pudo desenvolver en la paz que había antes de la guerra: va a la guerra también por fuerza. Francia va a la guerra por fuerza: quiere la paz para ser la Francia que era. Alemania va a la guerra por fuerza: quiere la paz para ser la Alemania que no pudo ser antes de la guerra. La guerra, es, en fin, un camino que nos lleva al mismo lugar de donde salimos. Ahora que unos, los que están a la defensiva, emprenden este camino para conservar intacto, igual, el lugar que sirvió de punto de partida, y otros, los que están a la ofensiva, emprenden el camino con el fin de transformar, de reformar, este lugar.

Norman Angell llama a la guerra «la grande ilusión». La grande ilusión es el

convencimiento firme que había hasta hoy de que la guerra empobrecía, arruinaba al país vencido, y enriquecía, elevaba la potencia económica de la nación vencedora. Este convencimiento es una ilusión, la grande ilusión. La guerra arruina y empobrece lo mismo al vencedor que al vencido. Si las naciones pudieran elevar murallas, como la de la China, que las aislaran del mundo, esta ilusión devendría tal vez una realidad. Pero las naciones, aún las más adversas, aún las más opuestas en carácter, en lengua, en costumbres, en religión, en raza, viven ligadas por relaciones de cultura, de comercio, de comunicación. Los intereses materiales del vencedor siguen, por esto, la misma suerte que los intereses materiales del vencido. «¿Qué beneficios económicos—dice Norman Angell en su sugerente libro—produjo en Alemania la campaña de 1870, a pesar de la indemnización de cinco mil millones de francos? Esta enorme indemnización sólo sirvió para causar una grave crisis económica, por el alza que provocó en los precios. Se ha reconocido por los mismos economistas alemanes que, tras una ex-

plosión fugáz de prosperidad, la guerra produjo la serie de crisis ocurridas de 1873 a 1880. En 1879 hablando en el Reichstag, decía Bismarck que ya en 1878, al presentar su ley proteccionista, se lamentaba de que Alemania se iba desangrando lentamente. Vemos que Francia—dice Bismarck ¡Francia, la vencida!—logra afrontar las actuales dificultades financieras del mundo civilizado con mayor éxito que nosotros; su presupuesto ha aumentado, a partir de 1871 en un millar y medio y eso no sólo por medio de empréstitos; vemos que tiene mayores recursos que Alemania, y que, en suma, los franceses se quejan menos del rigor de los tiempos. En 1877—continúa—me tocó por primera vez darme cuenta de la situación de quebranto general y creciente de Alemania en contraste con lo que pasaba en Francia, y ví cerrar fábricas y talleres, y decaer el bienestar general, y empeorar la condición de las clases obreras y los negocios, en conjunto, en un estado desastroso.» ¿Está claro? Francia, vencida en 1870, aumenta su potencia económica. Alemania, vencedora, aprovechando en la paz la contri-

bución de guerra, disminuye su riqueza.

La «grande ilusión» llega también a creer que la guerra sirve para abrir mercados al vencedor. Tampoco la ilusión concuerda con la realidad. Porque si los mercados han de abrirse en los países vencidos, sometidos, arruinados por la guerra, no tendrán ninguna eficacia comercial. El mercado ha de abrirse en país rico, no en país pobre; en país naciente, no en país decadente; en una ciudad, no en un cementerio; en una zona de tierra donde haya relación cordial entre el que compra y el que vende; no en una zona donde el sentimiento vivo sea el odio del que ha de ser comprador hacia el que pretende ser vendedor. Esto, en términos lógicos. En términos concretos, también hallan estas razones una afirmación histórica. La Corea, conquistada, sigue explotada por los coreanos, sin que obtenga ningún beneficio económico la nación conquistadora. Más. «El Japón—advierte el mismo Norman Angell—como poseedor de Corea se encuentra económica y políticamente en peor situación que cuando se veía obligado a tratar con dicho país como

nación independiente.» No es preciso salir de Europa, salir del objetivo español, para confirmar este hecho. Inglaterra no ha guereado en Marruecos. Alemania no ha disparado en Marruecos un solo tiro. España, por el contrario, ha sostenido y sostiene en Marruecos una lucha cruenta, dolorosa, larga. Pues en el comercio total de Marruecos, que en 1903 era de cien millones de francos, a Inglaterra correspondía el 45 por 100; a Alemania el 15 por 100 y a España, a la conquistadora, correspondía solamente el 5 por 100. En el año 1909 el movimiento comercial llegó a 30 millones de pesetas, y de esa cifra apenas correspondieron a España 2 millones. Menos que a Inglaterra, menos que a Francia, menos que a Alemania, menos que a Bélgica, menos que a Austria-Hungría. ¿Qué mercado habría, pues, la guerra? ¿Qué ventaja comercial proporcionaba?

La guerra arruina al vencedor y al vencido, al que ataca y al que se defiende. Arruina a Marruecos, donde se destruyen las cosechas y se arrasan los poblados que se levantaron en la paz, y arruina a España. Arruinará ahora a Alemania, que

perderá su crédito moral, su prestigio intelectual y su valor económico; arruinará a Francia que verá destruída la obra realizada durante cuarenta años; arruinará a Bélgica la industriosa; arruinará a Serbia, la nación de los hombres de corazón de acero. Esta guerra de hoy, en Europa, arruinará a Europa. ¿Qué importa, pues, saber el nombre y la condición del vencedor? El vencedor será un cadáver más en el cementerio, un arruinado más en el desastre. El vencedor será la representación exacta, la más justa realidad de aquél cuadro de Bittler, titulado «La guerra». Sobre un montón de cadáveres, el luchador victorioso pasa a caballo. El luchador victorioso corona su testa con laurel, ciñe a su pecho una banda, lleva pendientes del arzón las cabezas enemigas segadas en la refriega. Pero el luchador victorioso no es un hombre con músculos, con sangre, con brillo en los ojos. Es un esqueleto también: es otro esqueleto.

Sea que la mayoría ignore quién será el vencedor definitivo, sea que lo presienta, lo cierto es que en esta guerra de Europa, a esta mayoría sólo le preocupa quién es

el vencedor del momento, el que ha vencido hoy. Y en esta preocupación va desvaneciéndose también la grande ilusión que vivía en el cerebro de cada hombre. La mayoría creía que la intervención de Inglaterra por mar sería rápida, eficaz: pero al ver como transcurre un día y otro día y no se siente, no se ve la acción de esta famosa escuadra, la más poderosa del mundo, la grande ilusión se derriba. La mayoría creía que el entusiasmo francés había de decidir la solución en favor de las armas aliadas; pero al ver como una parte de su ejército, el de los tarasconeses, ha dado la espalda al enemigo gritando el desmoralizador «¡suave qui peut!», la grande ilusión ha venido al suelo. La mayoría creía que la táctica alemana era superior a la táctica de las otras tropas comprometidas en la guerra; pero al ver los desastres de Bélgica; al saber que los alemanes continúan empleando en los combates el orden cerrado, la grande ilusión ha caído, ha muerto.

Concretando. En la guerra, definitivamente, no hay vencedor. En esta guerra de ahora, de hoy, parcialmente, el lucha-

dor no es quien todos creían, ni como todos creían. ¿No suavizará la pena que produce esta horrorosa tragedia europea, este espectáculo de luchas, de revanchas, de incendios, de ferocidad, de atropellos al derecho de gentes; no será bálsamo en la herida, el pensar que en esta guerra, el vencido, el humillado, el derrotado va a ser la misma guerra, la grande ilusión de la guerra?

ANALES DE DOCE DIAS

Qué pasó en Europa entre el 24 de julio y el 4 de agosto de 1914? Mr. J. V. Headlam nos lo describe en un libro que lleva este título: *THE HISTORY OF TWELVE DAYS. July 24 th to August 4 h 1914*. Nos describe en él las causas inmediatas de la guerra europea; las que, en apariencia histórica, produjeron el conflicto; las que se deducen de los libros y documentos oficiales publicados por los distintos países beligerantes. Claro que las causas de la guerra no son el crimen de Sarajevo, sino el miedo de Austria al progreso de Serbia; no son los tratados entre Alemania y Austria, sino las rivalidades entre Inglaterra y Alemania; no son el deseo de castigar a Serbia, sino el afán de buscar por Serbia al camino de Asia; no son los sucesos históricos, sino la realidad europea significada por su política de armamentos y por su lucha económica. Pero el autor, Mr. Headlam, salva ya estos co-

mentarios insistiendo en que las causas que él señala no son las remotas, sino las inmediatas, las próximas, las que precipitan el suceso, las que desencadenan la tormenta, las que levantan la tempestad.

Estas causas inmediatas, sin embargo, descubren la verdad de la guerra. Al referirse a ellas se hace la luz sobre lo que hay más allá de ellas; se desentierran las raíces de estas causas. Parece que el crimen de Sarajevo origina la actitud de Austria contra Serbia. Parece. Pero, leed: «La conducta de Austria, escribe Mr. Headlam, no necesita explicación. Sus diferencias con Serbia eran antiguas, afectaban cuestiones de interés vital para la política de la monarquía austro-húngara; habían estado esperando mucho tiempo una oportunidad de resolverlas. ¿Por qué no iban a aprovecharse de una ocasión tan excelente? A nadie puede sorprender que la utilizaran. Los intereses que se hallaban sobre el tapete eran muy grandes. Austria tenía buenas cartas y quería sacar de ellas todo el partido posible. Todos los que conocen su diplomacia saben que no era posible esperar ninguna moderación

en sus exigencias. Si Serbia se sometía, bien; si no se sometía, le declaraban la guerra.» ¿Está claro? Si Serbia se sometía, la guerra, si no se sometía, también la guerra. La guerra, adoptase Serbia una u otra actitud. Y la guerra, porque a Austria no le importaba vengar el crimen cometido en la persona del príncipe Fernando. Lo que le importaba era que Serbia no pudiera abrirse paso hasta el Mediterráneo y aumentar así su riqueza agrícola. Lo que le importaba que Serbia no pudiera conquistar a la población eslava que hoy está incorporada a la monarquía austro-húngara.

Quiere Mr. Headlam poner como confines de sus estudios el 24 de julio y el 4 de Agosto. Se obstina en reducirse a ellos. Pero sus alas lo remontan, le apartan de su plano, le llevan lejos, lejos... Así, al hablar de Alemania, analiza su Libro Blanco. Y al copiar este párrafo: «Después de la explicación oficial de Austria-Hungría a Rusia de que no aspiraba a ninguna ganancia territorial en Serbia, la decisión respecto de la paz del mundo descansaba exclusivamente en San Peters-

burgo»; al copiar este párrafo que se opone a la realidad Mr. Headlam echa sobre Rusia la responsabilidad de la guerra. El Libro Blanco lo dice y Mr. Headlam se atiene al texto exacto del Libro Blanco.

Pero Mr. Headlam sale del Libro Blanco y extiende los ojos sobre Alemania. Y sin querer, sin querer, va escribiendo esto: «Un cambio de gran importancia se había operado en la situación de Europa en 1913, tanto más importante cuanto que era de carácter militar. En 1913 el Gobierno alemán no estaba satisfecho de las fuerzas militares que disponía. En primer lugar le preocupa la reorganización del ejército ruso, iniciada a raíz de la guerra con el Japón; en segundo término, le había sorprendido desagradablemente el fracaso del ejército turco y el despertar de los Estados balcánicos. Por tanto, en la primavera de 1913 se presentó al Parlamento un proyecto de ley reforzando el ejército alemán y pidiendo un crédito considerable para armamentos. En el verano de 1914 ambas cosas debían estar hechas y terminado el canal de Kiel. Otras favorables circunstancias,

continúa Mr. Headlam, se daban también por aquél tiempo: la desmoralización en Francia, las perturbaciones obreras en Rusia, la cuestión de Irlanda en Inglaterra. Esto no demuestra que Alemania deseaba la guerra, pero sí que había motivos en 1914 para que el gobierno alemán adoptase una política guerrera.»

No. Esto demuestra que Alemania deseaba la guerra. Porque si no la hubiera deseado, la desmoralización en Francia, las perturbaciones obreras en Rusia y la cuestión de Irlanda, más que motivo para reforzar el ejército alemán hubieran sido motivo para disminuirlo. Porque si Francia era el peligro, Francia desmoralizada era un peligro menor; si Rusia era el peligro, Rusia con las perturbaciones obreras era también un peligro menor; si Inglaterra era el peligro, Inglaterra con la cuestión de Irlanda era del mismo modo un peligro menor. No. Alemania deseaba la guerra. Y por esto, cuando advirtió estos hechos que debilitaban la fuerza de Francia, de Inglaterra y de Rusia, aumentó ella su fuerza. Y la aumentó para poder atacar. Porque si sólo hubiera pensado en

defenderse, al ver disminuida la potencia hubiera disminuido también la resistencia.

Alemania desde 1913 no se preparó para una política guerrera. Se preparó para buscar el momento de declarar la guerra. Creyó propicio el atentado de Sarajevo. Y obligó a Austria a dirigir a Serbia aquél ultimatum que pasará a la historia como una vergüenza para la nación que lo envió. Y aconsejó a Austria que no cediera. Y lanzó a Austria sobre Serbia. ¿Después? La realidad ha ido descubriendo el error de Alemania. Pensó que Francia estaba desmoralizada y Francia se levanta frente a ella heroica y grande. Pensó que Inglaterra estaba dividida y ve cómo Inglaterra ofrece el más alto ejemplo de unidad. Pensó que Rusia estaba sublevada y Rusia se convierte en imagen de la más fuerte disciplina. ¿Ahora? El error de Alemania ha abierto ríos de sangre. Sí. Pero sobre los ríos de sangre se han cimentado murallas de hombres. Murallas que le van cerrando el paso. Pensó Alemania, primero, en deshacer el frente occidental, llegando a París, y aquí, en Occidente, se mantiene cerrado el frente occidental. Pensó después

Alemania en deshacer el frente oriental, llegando a Petrogrado, y allí, ya entre las nieves y las brumas, el frente oriental mantiene su resistencia. Loca. Alemania, abandona un frente y otro, y emprende el camino accesible de los Balkanes para llegar al Asia en busca de hombres que ya le faltan; en busca de víveres, que ya no tiene. Y un pueblo pequeño, insignificante, una nación sencilla, Serbia, le cierra el paso.

Alemania se preparó para la guerra. Para lo que no se preparó fué para prevenir el curso de la guerra. Se preparó para atacar. Para lo que no se preparó fué para el cálculo de la resistencia contra sus ataques. ¿Que es todavía fuerte? Sí. Y este es el más intenso dolor. Porque cuanto más Alemania pueda resistir, menos podrá resistir Europa. Cuanto más Alemania se vaya sosteniendo, más se irá deshaciendo Europa. Cuanto más dure la guerra, más afondarán las llagas abiertas en las entrañas de Europa.